

patria, en el país en donde se encuentran deben pensar en ella trabajando con la pluma y con los labios por nuestro prestigio, que es el de la República.

Que reflexionen sin pensar tanto en sí mismos: que se olviden de las casas que les ocuparon o de los sueldos que han dejado de cobrar, y que, pensándolo serenamente, acaben por reconocer que el constitucionalismo tiene razón.

Los fracasos de Huerta, a los que tuvieron un vestigio de esperanza, habrán convencido de que los asuntos mexicanos, por hoy, no los arreglan sino los mismos hombres que se encuentran luchando en el propio territorio nacional.

En San Antonio se pueden escribir admirables proclamas; en Madrid se puede vociferar en los cafés, y en la Habana es fácil hacer, como Lozano, proyectos de ley para cuando Huerta vuelva a profanar la silla presidencial. Pero todas estas formidables máquinas contrarrevolucionarias son de una completa ineficacia.

Como medio para distraer los ocios de las emigrados y como espita para dar salida al despecho, bien; pero la realidad está tan lejos de esas garrulerías como la juventud de Federico Gamboa.

Si, en efecto, entre los emigrados los hay de buena fe, y Urbina es un ejemplo, que dejen las estériles maldiciones para los labios del bellaco de Mora y del Río; que abandonen los proyectos descabellados a cargo de la marihuana y que cedan la palabra para desprestigiar a México a Lozano y Moheno, arquetipos de inmoralidad dignos de esa misión.

Que los hombres de buena fe se retiren de tan perversas compañías; que piensen detenidamente en la inmensidad de la palabra Patria; que estudien la revolución; que conozcan a Carranza y que, siguiendo el ejemplo de Urbina, no rectifiquen, sino que reflexionen.

CUARTA PARTE

LA CIUDAD DE MEXICO

CAPITULO XXIX.

LA CIUDAD MALDITA.

Sobre la ciudad maldita, México, se han fulminado todos los anatemas; sobre sus habitantes han caído hiperbólicas diatribas, sobre sus palacios desatáronse cataratas de injurias y sobre sus calles tempestades de maldiciones y denuestos.

México fué para nosotros el compendio de todo lo malo; la concreción de la perfidia; el símbolo de la inmoralidad. México era una hetaira que se entregó a todos los que supieron tiranizarla. Esta ciudad, digna del fuego sagrado que todo lo depura, vivía en una constante orgía como una cortesana. Como tal, su vida era sibarítica, indolente. Todos los placeres le parecían pequeños y todos los afeites escasos.

Hasta aquí el sentimiento constitucionalista, complejo y difícil de analizar, aunque el hecho de que fuese la capital el mudo escenario del cuartelazo de Félix Díaz y el impasible testigo del asesinato de Madero, explica, en gran parte, el odio concentrado que tantos constitucionalistas sienten por la ciudad maldita.

Pero no nos abandonemos a los ciegos arrebatos del sentimiento y razonemos serenamente sobre el verdadero carácter de esa clara y hermosa ciudad.

México, como una gran ciudad cualquiera, no tiene un

solo carácter y un solo pensamiento, cualidades que ni en un hombre solo pueden concurrir, ya que nosotros mismos nos pasamos la vida modificando los conceptos que tenemos de las cosas, tal que si la vida fuera una perenne rectificación.

México es una ciudad, cuya sociedad, como la de cualquiera otra población, es esencialmente heterogénea. Antagónicos y diversos son sus componentes y por ende distintos los caracteres y pensamientos de este o aqueste grupo. No es justo calificar colectivamente a una colectividad en la cual existen tan distintos elementos, pero admitamos que sea lícito aplicar la sentencia que merecen la mayoría de los ex-metropolitanos a su totalidad.

En este caso llegamos a las conclusiones siguientes:

México es reaccionaria.

México es católica extremista.

México es felixista o huertista, o las dos cosas.

México es conservadora, y por consiguiente antirevolucionaria.

Si México ha sido objeto de todas nuestras iracundias, por estas razones, tenemos que admitir que no es México la única ciudad maldita y que hay otras muchas que tienen iguales títulos a nuestros anatemas.

Hé aquí lo que nos dice la evidencia, si queremos oírla.

Quien haya paseado por las mudas calles de la angelópolis; quien conozca tres familias de esas que en aquella ciudad viven años enteros en la reclusión austera de un caserón vetusto, en donde la única decoración de las paredes son los santos y la única ocupación de la familia los rezos; quien escuché en un café cualquiera una conversación cualquiera de dos personas cualesquiera; quien mire los rostros de las mujeres esqueléticas y tocadas de negro que se consumen frente a los altares con su rosario desgastado en las momi-

ficadas manos; quien converse diez minutos en aquella ciudad con un cura, un burgués y una mujer, y quien haya sentido sobre sí el peso de ese ambiente de plomo, de obscuridad y de amenaza, tendrá que llegar a estas conclusiones, juzgando, como en México, de las minorías por las mayorías:

Puebla es reaccionaria.

Puebla es católica archi-extremista.

Puebla es felixista y zapatista.

Puebla es archi-conservadora y ferozmente anti-revolucionaria. Tomemos poblaciones de caracteres idénticos. Querétaro, con sus ventanas cerradas eternamente y sus caras hipócritas, es estrecha como un relicario, retrógrada y anti-revolucionaria. En Orizaba, ni la lluvia pertinaz destruye los prejuicios inmovibles que circundan por todos lados a la sociedad levítica de esa población. Morelia y León son hermanas gemelas de las anteriores y Guadalajara sintió quizá, como ninguna otra ciudad, arrebatos de pasión por Doroteo Arango.

En Aguascalientes el villismo tuvo un auge extraordinario, en Chihuahua lo mismo y en Monterrey deliraban por Felipe Angeles.

Y basta de ejemplos. Nos parece que podemos llegar a este razonamiento definitivo. Ninguna ciudad es en su totalidad amiga o enemiga del constitucionalismo; son partidarias o son hostiles a la causa determinadas partes, bien señaladas, de la sociedad.

No es México nuestra enemiga. Son la plutocracia, la burguesía y la burocracia de México. Pero la plutocracia, la burguesía y la burocracia son también nuestras enemigas en San Luis Potosí o en Xoehimilco.

Si la revolución hiere determinados intereses es natural que éstos se vuelvan contra ella. Pero la revolución va mu-

cho más hondo y la antipatía de los egoístas es una prueba de que trabaja por los oprimidos.

El justiciero Jefe de la revolución sabe estas cosas mejor que nadie, puesto que, compenetrado del espíritu revolucionario, mueve la gran máquina de la revolución con un tino infalible.

Por eso el austero ciudadano ordenó al general Obregón ayudase a las clases pobres de México, y por eso concedió, hace poco, que penetrasen víveres en la ex-metrópoli.

El Castillo de Chapultepec sigue siendo el mismo, desde cuya torre un heroico niño abandonado, hace muchos años, se arrojó, envuelto en su bandera, en el abismo. . . . de la inmortalidad.

CAPITULO XXX.

LAS ONCE MIL VIRGENES.

Existe en la ciudad de México una legión de mujeres pizpiretas y alegres que se meten en todas partes y que lo mismo forman el «Club Siglo XX regenerador de la mujer» que la «Asociación de los clavos de Cristo.» Son en su mayoría profesoras ó empleadas de oficinas públicas, marisabidillas, cursis (de grado 33), argüenderas, chismosas, metiches, hombrunas y hábiles para todo lo que no se relacione con su sexo.

En las fiestas escolares estos andróginos espirituales, recitan poesías, tocan el arpa, y lanzan discursos hablando de pedagogía, de política o de terapéutica con la mayor frescura.

Y estas mujeres, ayunas de sentimientos, hueras de inteligencia, huérfanas de corazón, virulentas de lengua y ligeras de proceder, sin pensar serenamente en su decisión, sin detenerse a meditar en dónde está el patriotismo y en dónde el crimen, se han despojado de los hábitos de su sexo que las hacía sagradas, y, vistiéndose el masculino indumento, han formado la «mesnada de los encajes» para defender la ciudad de México.

*
* *

En la Revolución Francesa la mujer entregó a su marido para que lo devorase la guerra; la madre vió, impávida, a

su hijo abandonar el hogar lanzándose a una lucha donde fatalmente había de perecer, trabajó en el seno del hogar con todo su heroísmo, llorando y convenciendo. Pidió, en momentos de gran efervescencia, la caída de Luís Capete y arañó, ebria de patriotismo, los muros de la Bastilla; pero no hizo ninguna generala, ni se exhibió en ridículos desfiles, ni convirtió su locura patriótica en vanidosa y ridícula ostentación; y, sobre todo, sus heroísmos fueron por la Patria y por la Libertad. Jamás las mujeres revolucionarias francesas lanzaron un denuesto ni una piedra en defensa de los asaltantes y de los ladrones. ¡Jamás se vieron madres combatiendo por los que violaban a sus hijas!

¡Ensangrentaron sus manos contra los muros de la Bastilla, lloraron sus lágrimas ante el cadáver de Danton, sacrificaron sus hijos ante el invasor de su Patria!

*
**

Judith, Juana de Arco o Carlota Corday, con todo su divino fanatismo, no son jamás comparables a la más vulgar de las madres arrullando a un hijo en su cuna.

Julieta esperando en su balcón, trémula de amor, los besos de Romeo, es algo sublime y eterno; Ofelia, envuelta en las telas inconsútiles del ensueño, es la concreción del ideal; Margarita, Graziela, todas las simbólicas mujeres de la literatura, son encantadoras porque son dulces, suaves, tiernas, sentimentales, mujeres.

Otelo, fiero, negro, bravo y brusco, se enamora de la más liliat y espiritual de las mujeres, de la más frágil, de la más femenina.

Balzac nos pinta en sus «Cuentos droláticos» a los guerreros más torvos y siniestros haciendo locuras por las muje-

res más pequeñas y finas. Por aquellas que apenas podían suspirar y besar. Cuenta el genio de la novela, que una vez que cierto guerrero de aquellos, dentro de su armadura, erizados los bigotes y relampagueante la mirada, habló en voz tonante a su mujer, que parecía de marfil, ésta cayó muerta de la emoción y el miedo. Así era de sensible y delicada.

Don Juan Tenorio se enamora de doña Inés por buena, por inocente, por delicada, por mujer.

*
**

La mujer arrojando flores al paso de los guerreros triunfadores, coronando las frentes de los poetas, perfumando la vida de un hombre honrado, o acompañando en sus afanes a un varón insigne, es admirable. Besando, trémula de pasión, los labios del hombre a quien ama, es divina, y dando de mamar a su hijo, es una santa.

Mientras sea mujer es digna de amor, de admiración y de respeto, llámese Magdalena, Santa Teresa o Juana la Loca.

Antes de ser madre la mujer nos embalsama la vida, nos ilumina el sendero, abre paréntesis floridos en la negrura de la existencia, nos besa los labios y nos ama.

«Amar, eso es todo;
querer, todo es eso:
los mundos nacieron al toque de un beso.»

*
**

Yo no puedo concebir a Julieta empujando a Romeo en la escala de seda, a riesgo de romperle la cabeza, para empuñar el «máusser»; no tolero a Margarita diciendo a su bata-

llón: «preparen, apunten, fuego!», y no puedo imaginar a Santa Teresa de Jesús vestida de charro.

Deliro porque las mujeres de mi Patria cultiven y exalten las altas virtudes de su sexo: que sean buenas, pacientes, amantes, dulces; que sepan sonreír, que sepan amar, que sepan llorar. . . . pero que no aprendan a matar.

Esas once mil vírgenes de México que tan ciegamente se arrancan las túnicas del Ensueño y las insignias del Ideal para vestir el ropaje de la traición, tan ridículo como inútil, son execrables.

Abandonan su virginidad, (las que la tengan) al capricho o a la embriaguez de la soldadesca; sirven, si no con sus armas, que en sus manos tienen el valor de las agujas o los dedales, sí con su pensamiento, al partido de las violaciones y de los asaltos; pisotean su dignidad de mujeres; ponen en tela de juicio su virtud, aunque las contingencias guerreras no lleguen a mancharla.

Las once mil vírgenes de la «mesnada de los encajes» invierten el orden de la existencia: ellas, encargadas de la propagación y de la vida, se convierten en servidoras de la muerte. Abandonan la cuna y abren el sepulcro. No dan niños a su Patria y matan a los hombres.

*
**

Y cuando pasa el inconsciente desfile de las «once mil vírgenes hipotéticas,» pisotea los palpitantes cadáveres del Ideal y del Ensueño.

Y estas «once mil vírgenes» no dan hombres a su Patria; no pueden ser hombres, pero quieren matar hombres.

Si no fueran ridículas, serían criminales; pero probablemente son, únicamente, imbéciles.

CAPITULO XXXI.

POR QUE MEXICO HA SIDO OCUPADO Y DESOCUPADO INDISTINTAMENTE.

Se había afirmado en todos los tonos que el Ejército Constitucionalista no tenía elementos bastantes para tomar la ciudad de México; en el exterior se hizo de esta afirmación un credo y los enemigos llegaron a demostrar que los zapatistas con Jefes exfederales eran ahora invencibles.

El asedio a aquella populosa ciudad tuvo por objeto obligar a los zapatovillistas a entrar en combate, a presentar batalla, a luchar para que, a la postre, fuesen vencidos en toda ocasión y desarmados en muchas de ellas. México fué ocupado, el Distrito Federal recorrido triunfalmente por los soldados del Cuerpo de Ejército de Oriente.

México ha sido evacuado por nuestras fuerzas, para continuar el plan de campaña.

Desde los tiempos prehistóricos hasta los formidablemente destructores contemporáneos el arte de la guerra es, en el fondo, en la estricta médula de los procedimientos, idéntico. Las catapultas de los ejércitos púnicos precedieron a los cañones; las bandas de elefantes enloquecidos por el hambre, fueron las precursoras de los automóviles blindados; los armamentos se han modificado radicalmente, pero la guerra no es sino la manera más rápida, segura y eficaz de aniquilar al enemigo.

Maquiavelo en su libro sobre la guerra, inaplicable en la actualidad en sus detalles, pero definitivo en sus reglas

fundamentales, divide el arte de la guerra en dos partes: la guerra directa y la guerra indirecta. El procedimiento directo es el que propende al aniquilamiento directo del enemigo; a la destrucción de un ejército por otro, a la muerte de unos soldados por otros soldados. El procedimiento indirecto es aquel que tiende a destruir todos los elementos que sirven para el aprovisionamiento del ejército enemigo: los víveres, el agua, el parque, etc.

Tan es la guerra algo primitivo en el fondo, que los más insignes guerreros lo han sido de una manera innata. Se han formado en los mismos combates y de las profundidades de su inspiración han sacado los más admirables ardidés de su estrategia.

Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, el mismo Bonaparte, fueron soldados de inspiración. Los primeros tenían la preparación guerrera que en aquellas épocas no faltaba a ningún hombre. El último no aplicó los principios de la técnica de su época, ni en Maréngo ni en Jena.

En este nuestro país, donde todo el mundo entiende de todas las cosas, es frecuente escuchar por esas calles violentas discusiones a propósito de tal o cual desocupación de alguna plaza por parte de los Constitucionalistas. El criterio esencialmente chavacano de estas superficiales conversaciones de nuestros gratuitos comentaristas es el de que cada vez que el Ejército Constitucionalista desocupa una plaza pierde una batalla, y que cada vez que la ocupa alcanza una victoria.

Esto, como se ve, es admirablemente sencillo y permite a todo el mundo estar fácilmente al cabo de la situación: si nosotros tenemos en nuestro poder Tarandacuao, Xochimilco, Tecamachaleo y Acayucan y los villistas tienen dos

pueblos más, los villistas están ganando. Si nosotros ocupamos mañana una plaza quitando al enemigo artillería, pertrechos, haciéndole numerosos muertos y heridos, y ellos ocupan al día siguiente esa misma plaza sin quitarnos un cartucho ni matarnos un hombre, porque la hemos evacuado, es absurdo afirmar que nosotros obtuvimos primero un triunfo y que ellos al día siguiente, por haber ocupado la misma plaza, alcanzaron otro.

No se trata de ocupar plazas, sino de aniquilar al enemigo.

Los zapatistas en México, sin elementos, sin bravura, sin razón, sin hombres y sin víveres, valen, militarmente, inmensamente menos que el Cuerpo de Ejército de Oriente —esté donde esté,— con cañones, hombres, víveres, prestigio y razón.

Tomar una ciudad ocupada por el enemigo tiene importancia, porque ello significa la derrota del contrario. Pero si por conservarla pudieran perjudicarse los intereses generales consagrados por todo un pueblo, debe abandonársela en seguida, diga cuanto quiera la estulticia.

Sería un disparate militar, por lo mismo, guardarla sólo para que los comentaristas callejeros no digan que la perdimos.

Un escritor mexicano ha dicho que el disparate fundamental de nuestros generales fué siempre, en toda nuestra historia, el encerrarse dentro de las plazas con el grueso de sus fuerzas.

El arte de la guerra sigue siendo, en el fondo, el mismo. Atacar y destruir al enemigo donde se encuentre, por los procedimientos directos o por los medios indirectos. El general Obregón derrotando al villismo en Celaya, derrotándolo nuevamente en León y persiguiéndolo incansablemente, sin

preocuparse por otra cosa que no sea su total aniquilamiento, está dando una prueba de poseer la maravillosa intuición guerrera que hizo los grandes guerreros.

Ha sido desocupada la ciudad de México, porque convino así al plan de campaña que se ha resuelto desarrollar: podrá ser ocupada cualquier día si así conviene a los movimientos militares y desocupada tantas veces como sea preciso, hasta que el enemigo quede completamente aniquilada.

Tal es el propósito del ciudadano don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

CAPITULO XXXII.

CUANDO MEXICO VEA LAS COSAS COMO SON. . . .

Por fin la gran ciudad de los Palacios tornará a su vida normal al ser ocupada por el Ejército Constitucionalista. Al volver la gran urbe a su categoría de Distrito Federal y de capital de la República, cuando en ella se instalen de nuevo los poderes de la federación, la opulenta metrópoli recobrá su esplendor antiguo.

El manifiesto publicado por el general González en México, dice, entre otras cosas profundamente tranquilizadoras para los capitalinos, «al ocupar DEFINITIVAMENTE esta ciudad,» etc.

Es verdad. Los luengos y siniestros mostachos del esfíngico Emiliano no volverán a pasearse por los artesonados salones del Palacio Nacional. Barona no alegrará ya más los bailes públicos con los mortales danzones de su «SMITH WESSON» y EUFEMIO no beberá más cerveza en el Salón Bach.

El zapatismo, como el convencionismo y el villismo, se fué para no volver. Si después de todas sus hazañas, los capitalinos soñaban aún con un retorno de tales HEROES, pueden renunciar a su esperanza. El constitucionalismo, la causa del pueblo, ha triunfado: la ocupación de la capital de la República es definitiva.

Pero no juzgamos a los metropolitanos tan estúpidos o tan perversos que sigan creyendo en los ideales de las facciones que tan inicua y robamente mataron y robaron. Y la mejor prueba

de que aquellas facciones no tenían principios, ni buscaban el bien del pueblo, ni pensaron jamás en otra cosa que en su medro y provecho, es lo efímero de su vida. Si de todos los revolucionarios de 1914 el Ejército Constitucionalista es el fuerte y es el victorioso, no es tan sólo por la fuerza de sus armas, sino por la indomeñable potencia de sus principios.

Es seguro que la ciudad de México se rendirá a la evidencia, y ya que con sus crímenes y sus pantomimas los antiguos ocupantes de la ciudad probaron sobradamente su amoralidad y su incapacidad, de fijo la figura austera, indiscutiblemente pura, privada y políticamente, de Venustiano Carranza, se impondrá en el criterio de aquellos hombres extrañados como la única de tamaño capaz para salvar a la República.

El criterio del Gobierno Constitucionalista es hoy el mismo de ayer, aun cuando el triunfo de nuestras armas y la preponderancia de nuestros principios han dulcificado los procedimientos y atenuado las intransigencias. Habrá magnanimidad con los pequeños equivocados. Los violentos procedimientos empleados antes fueron hijos de las tremendas circunstancias de la lucha. El triunfo permite la generosidad bien entendida.

México medirá en muy cortos días el abismo que media entre el constitucionalismo y las otras facciones, sentirá con claridad la diferencia entre un Gobierno organizado y una turba indisciplinada y bestial.

La capital verá cómo se abren las escuelas, cómo se restablecen los tribunales y cómo el orden y la justicia imperan en la vieja ciudad disipadora.

Viveres abundantes harán desaparecer las ingentes necesidades del pueblo. México comerá pan y no sufrirá más hambres ni privaciones.

Y cuando en México haya tribunales y víveres suficientes para la subsistencia de la metrópoli, y escuelas, y orden, todos los capitalinos de buena fe tendrán que reconocer que la causa constitucionalista es la causa patriótica y salvadora.

Don Pablo González es un hombre de auténtica moralidad, el Gobernador César López de Lara es un hombre recto y culto; México está garantizado de atropellos y de injusticias.

Los empleados públicos a quienes resulten responsabilidades políticas serán castigados, pero en toda investigación habrá un espíritu de absoluta equidad.

México sentirá los beneficios de nuestro Gobierno en muy breves días. La verdad se impone siempre y es luminosamente cierto que el constitucionalismo tiene todas las sólidas ventajas de organización de un verdadero gobierno y que el orden, la disciplina y la justicia son su constante preocupación.

Este mundo es en lo físico y en lo metafísico una perenne relatividad, y es natural que en el curso de nuestra formación, aún no concluida, se hayan realizado injusticias y aún cometido graves faltas, pero rápidamente, con la seguridad que da la convicción y con la firmeza de quien siente muy alto su ideal, vamos caminando, y estamos a punto de llegar hacia una meta de irrefutable pureza.

Tenemos ya un verdadero Gobierno, a cuyo frente, un hombre de voluntad salvará a la República,

Y de la voluntad ha dicho Joseph Glauvill: «LOS HOMBRES Y LOS ANGELES CEDEN A DIOS, ÚNICAMENTE, POR LA DEBILIDAD DE SU VOLICION.»